

Peñíscola: el altar de un dios, la residencia de un Papa

El visitante llega a Peñíscola en busca de mar e historia, y ambas cosas encuentra en este «promontorio fortificado, en medio del mar, unido solamente a tierra firme, en días tranquilos, por una lengua de arena que invaden las olas cuando soplan vientos de tormenta», según describe Blasco Ibáñez.

EL pueblo se divisa desde lejos. Es como uno de esos pasteles que los camareros colocan en las vitrinas para una mejor exposición al cliente. Las calles, en media luna, apuntan sus cuernos hacia arriba; en contraposición al escudo del Papa Benedicto XIII, de luna hacia abajo. Todo el pueblo mira al poniente. Se rodea de una imponente muralla y se corona por «el Macho» nombre popular viril y sonoro del importante castillo fortaleza.

Al atravesar la puerta principal de la cerca, el curioso admira el escudo de armas de Felipe II, quien mandó reparar la muralla. Un poco más adelante se encuentra el «bufador», una plazuela enlanchada. Cuando el mar se enfurece, suelta sus nervios a través de este aliviadero bautizando de espumas a los viandantes descuidados.

Todas las calles, en su mayoría escalonadas, empedradas de rollos y lanchas negras, conducen hasta la puerta del Castillo. Las casas crecen a uno y otro lado, casi juntándose por el techo. Son construcciones modestas pero firmes, de varias alturas, puertas estrechas, ventanas angostas, paredes blanqueadas y techadas con terrazas al modo de las árabes mediterráneas.

No siempre fue así. El actual Peñíscola fue reconstruido después de que las tropas partidarias de Felipe V durante la guerra de Sucesión, destruyeran los edificios góticos alzados por los eclesiásticos del Papa Luna.

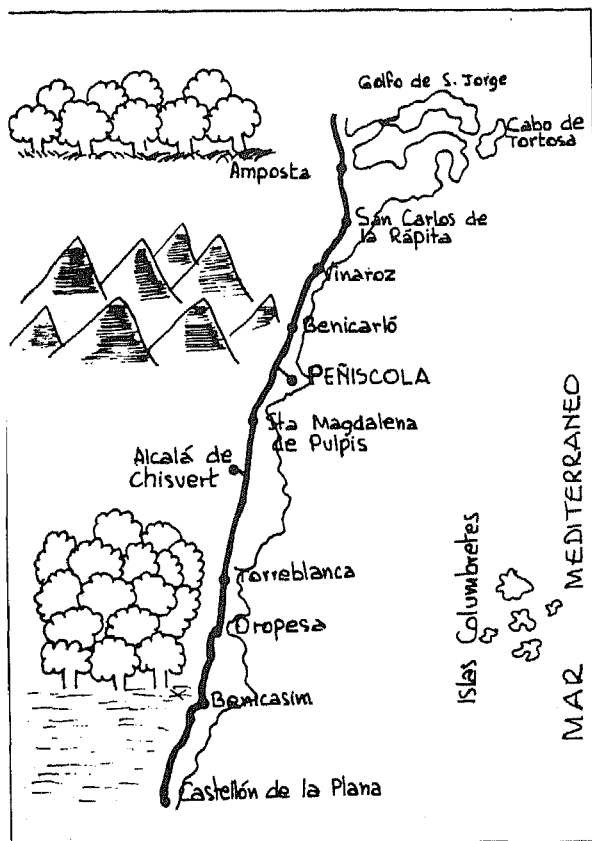
El visitante, tras recorrer miles de recobecos laberínticos, pasará por la puerta del templo. Allí se guarda el cáliz del Papa don Pedro de Luna, y el

pendón de su sucesor Clemente VIII. Culminará la escalada a las puertas del Palacio.

Se paga la entrada de 200 pesetas a beneficio de la Generalitat Valenciana y franquean la entrada a la mastodóntica fortaleza. Y allí los grandes lienzos de canterías labradas, las bóvedas sobrecogedoras de medio cañón, las oscuras mazmorras...

Aún resta ascender un buen número de escalones hasta alcanzar la altura vertiginosa de las almenas reinas. A vista de pájaro el turista tiene a su derecha los hermosos y bien cuidados jardines del palacio, que rompen en poderoso acantilado hasta la misma boca del istmo. A partir de ahí la gran playa de arenas finísimas se alarga mansa hasta el puerto de Benicarló. También este pueblo es digno de visita: ofrece su iglesia barroca y la recoleta lonja de pescado; aparte la curiosidad de conocer el pueblo que dio título a la patética obra de teatro del presidente Azaña: «Velada en Benicarló». En panorámica vista se ofrecen igualmente vastos campos de naranjos, almendros y pequeñas huertas valladas con cañas, limitados en el horizonte por unas sierras que descienden desde la lejanía.

Caminando por el otero, hacia la izquierda, se alcanza, tras practicar estrechos corredores, la torre donde pasaba su tiempo el repetido papa aragonés. Las troneras se abren hacia el mar azul. Si el viajero ha escogido las cinco de la tarde para visitar el castillo, se le dará un espectáculo añadido: los pesqueros regresan a puerto, como una procesión de hormigas; primero un punto blanco, después el color y el penacho de humo, por último,



Peñíscola es la flor de un árbol que hunde sus raíces en la profundidad de una roca «socavaca por varias cavernas, siendo toda ella a modo de una esponja pétreas». Son estas oquedades las encargadas de proporcionar la abundante agua dulce a los pobladores y convertir el recinto en inexpugnable. Este agua nadie sabe su procedencia.

Un altar para el dios Saturno

Se ignora quiénes fueron los primeros hombres que se asentaron en Peñíscola, pero con toda seguridad, subirían al cerro con la misma curiosidad, miedo y devoción con la que se sube ahora. Aquella roca, el barco haciéndose constantemente a la mar, ejercería el mismo poderoso influjo de hoy. Los fenicios la encontraron ya poblada y la denominaron «Tyriche» porque les recordaba su lejana Tiro, también levantada a orillas del mar y sobre una roca.

Griegos y Cartagineses aprovecharon las buenas disposiciones defensivas para guardar en ella los géneros que habían de cambiar o vender a los nativos. Los romanos levantaron en lo alto un altar al dios Saturno, sobre el que su enemigo, Aníbal, juró exterminar el imperio del Lacio.

Piadosas leyendas cristianas hacen llegar a los feroces acantilados a varios discípulos del apóstol Santiago. Los que murieron, dicen que se hallan enterrados en la Iglesia del pueblo, aunque nadie conoce la ubicación exacta de las sepulturas.

El lugar divino sigue su marcha y el rey don Jaime de Aragón, conquistador de Valencia, adjudica la roca a los frailes del Temple. Tal lugar para tal orden. Son los templarios quienes según todas las pistas, construyen «El macho». Disuelta la orden, los de Montesa se instalan en Peñíscola y desde allí, dominan «El Maestrazgo». El maestre de Montesa cederá el castillo al Papa Benedicto XIII. Es el momento culminante de Peñíscola. Este don Pedro de Luna, aragonés y cabeciduro, como es fama para los de su tierra, nacido en Illescas, mantuvo contra viento y marea, con armas y razonamientos más que plausibles, su derecho a la silla de Pedro, casi durante treinta años. Heterodoxo poco alabado y menos conocido en España, necesita de alguien que estudie a fondo su valiente actuación durante todo el cisma de Occidente. Se mantuvo siempre en aquello de «Papa soy y Papa moriré». El sucesor, Clemente VIII, es otro cantar, pero no deja de dar lustre al castillo donde se celebró un cónclave para nombrarlo papa.

el ruido asmático de los motores y el sonido de la sirena.

Desde los alrededores de la torre se divisa la escalera por la que descendía el pontífice hasta los navíos. Pero es preferible montar en una de las gaviotas que constantemente rodean el peñón. El paseo por mar es barato y divertido. Blasco Ibáñez en su imprescindible novela *El Papa del Mar* también habla de él, y cita los riquísimos langostinos que crecían a la vera de la roca. Los tiempos han cambiado y langostinos se ven pocos. No obstante, el rodeo al peñón ha incrementado el divertimento. El patrón, una mano en el timón y otra en el micrófono, inventa fantásticos viajes a lugares paradisiacos y narra, con el gracejo propio del amor a la vida de los mediterráneos, las posibles e imposibles aventuras acaecidas en las famosas escalinatas.

Al mismo borde del puerto, una fuente lavadero derrama riquísima y abundante agua dulce. Muy cerca, un arco tapiado fue en otro tiempo puerta para naos que encontraban refugio dentro del recinto castellano.

JUAN CARRETERO